



Acuarela de RAMÓN TUSQUETS.



Acuarela de RAMÓN TUSQUETS.



## LA LENGUA UNIVERSAL

Qué te dice tu padre?

—Lo que yo esperaba... ó un poco menos. Cumple el hombre la palabra que me dió de retirarse modestamente por el foro en lo referente á pasarme la pensión convenida en cuanto perdiese dos veces seguidas el mismo curso.

—Pues es una friolera... aunque no, precisamente, lo peor.

—¿Aún hay más?

—Y tanto. Como que he recibido ayer de mi casa la grata nueva de que las cosechas se han perdido, el ganado se ha muerto, mis padres están desesperados y me piden que me las busque yo como pueda, por cuanto á ellos les es imposible de todo punto seguir costeándome los estudios. Me parece que la cosa no tiene malicia.

—Pues no deja de ser una contrariedad.

—Y los dos á un tiempo! Parece que se han puesto de acuerdo nuestros queridos papás.

—Lo que parece es que si Dios no lo remedia...

—Que sí lo remediará...

—Vamos á pasar una temporadita de esas que acreditan.

—Piensa tú, Pedro, en el modo de salir del compromiso.

—Conforme. Pero si á tí, Pablo, te se ocurriera alguna solución...

—Ni que decir tiene. Compañeros inseparables en la prosperidad, en la desgracia, en la rehabilitación...

—Chocate esos cinco...

La verdad es que Pedro y Pablo eran dos buenos muchachos, á pesar de sus calaveradillas que traían aparejadas la imposible adquisición de los libros de texto, al principio del curso, y la pérdida inevitable de éste, cuando el catedrático da por terminadas sus explicaciones y comienzan esas grandes pruebas inquisitoriales que se llaman exámenes.

Pedro se las entendía con las Pandectas, el Derecho civil y la Economía política; Pablo



Cuadros de RAMÓN TUQUETS.

con la Anatomía, la Terapéutica, Diagnósticos y Patología, y, no obstante la diversidad de gustos que la elección de tales carreras suponía, eran inseparables, tanto en la modesta casa de huéspedes que habitaban, como en sus frachelas y diversiones, y no decimos en sus penalidades porque hasta el momento de recibir las cartas que les hemos visto comentar no sabían lo que la palabra penalidad significaba, pues para ellos no lo eran, y hacían bien, las calabazas de la novia, ni las calabazas de los profesores, en lo cual ya no hacían tan bien como en lo anterior.

Pero lo mismo que la fortuna une con cadenas de flores á los seres humanos, la desgracia los une también, aunque ya no son tan poéticos y perfumados los eslabones. Y Pedro y Pablo, amigos íntimos siempre que se trataba de jugar unas carambolas, vigilar un taller de modistas ó asistir á un baile de máscaras, se consideraron mutuamente más obligados que antes, y lo que decían los pobres en sus ratos de recíproco consuelo:

—Lo que sea de uno será de otro.

La patrona, que hacía que alimentaba á nuestros dos amigos, al ver que se pasaban los días y las noches sin salir de casa, mustios y faltos de aquel buen humor que les caracterizaba, animándolo todo en su rededor, llegó á creer al principio en la regeneración de los muchachos, y después, viendo que tal estado de ánimo continuaba, lo cual era demasiada regeneración para ellos, pensó en que algo grave les ocurría; pero era tan poco aficionada á meterse en vidas ajenas que, no relacionándose con la cuestión de monises, la tenía bien sin cuidado.

Pedro y Pablo decidieron salir de aquella situación, anómala para ellos, y cierta mañana, mientras sentados cada cual en su cama, se hacían la ilusión de tomar chocolate, empapando las rodajas de pan duro y tostado en el líquido obscuro que les servía la infame pupilera, Pedro rompió el

silencio que tácitamente se habían impuesto desde que recibieron las desagradables noticias, y dijo la frase sacramental:

—¿A cualquier cosa llaman chocolate las patronas!

—¿Que no nos falte!

—¿Per qué lo dices?

—Por una corazonada.

—¿Que consiste?...

—En figurarme que como este mes no pagemos á doña Engracia, ¡mal rayo la parta! llegaremos á echar de menos ¡hasta este chocolate!

—Entonces, dílo claro,... lo que no tienes es confianza en tu ingenio.

—No; lo que no tengo es dinero.

—Ni en el mío...

—¿En tu dinero? ¡Menos aún!...

—No, en mi ingenio.

—Eso ya es distinto. Siempre te he creído un sér superior.

—Y te confirmarás en tan, para mí, honrosa suposición cuando te diga que durante la noche pasada, en que no he podido conciliar el sueño un momento, he dado en el quid para salir de apuros yo, para que salgas de apuros tú, y para que todos salgamos de apuros.

—En tus manos encomiendo mi porvenir.

—¿En mis manos?... Pues, manos á la obra. Mañana mismo nos vamos de esta casa.

—¿A dónde? ¿Al Hospicio?

—A un piso que yo alquilaré esta misma tarde, en la calle de Alcalá.

—¿Estás loco?

—Lo loco sería no hacerlo, después de haberlo pensado. Es un plan maravilloso. He decidido establecer una Academia de idiomas... Hoy los idiomas forman parte integrante de toda buena educación social, y con un buen cuadro de profesores, mucho anuncio y mucho bombo, el negocio es seguro. Ya verás.

Efectivamente, ni corto ni perezoso, alquiló con el producto del empeño de su modesto ajuar el mejor piso que halló en la céntrica calle de Alcalá; con recibo de piso tan elegante en la mano, encontró con facilidad quien le prestara los muebles que habían de alhajar la Academia; mandó pintar un enorme letrero y, á los pocos días, la gente se paraba delante de las llamativas letras de aquél, que decían:

### LA LENGUA UNIVERSAL

Por procedimientos nuevos y rápidos se enseña el francés, inglés, alemán, turco,



Cuadros de RAMÓN TUQUETS.



ruso, hebreo, árabe, italiano, portugués, sanstrito, volapük y todos los idiomas que se deseen. Precios convencionales. No equivocarse con ninguna otra academia.

Saboreando estaban Pedro y Pablo el efecto maravilloso que en el público producía el cartel de la nueva Academia, cuando un campanillazo les sacó de sus comentarios llenándoles el corazón de alegría. Indudablemente en el anzueto había prendido algún pez.

No se equivocaron: un joven tímido, con gran corbata de lazo, llena de lunares azules, que hacían juego, sin duda, con los que adornaban su rostro afeminado, ofuscado por la sabiduría políglota que en aquel centro se pregonaba, subió, llamó y entró:

—¿El director de esta Academia?

—Servidor de usted — contestó Pedro ceremoniosamente. — ¿En qué puedo servirle?

—Pues yo quisiera dedicarme á la carrera de Embajador, para que me nombraran en seguida Embajador en Rusia, por ver si conquistaba á alguna de las muchas princesas que hay allí y que dicen que son de rechupete por lo guapas y lo ricas.

Pedro y Pablo se miraron, pudiendo apenas contener la risa ante aquel rosario de majaderías.

—Bueno, ¿y qué quería usted?

—Pues hombre... aprender bien el ruso. ¿Quién es el profesor?

Pedro contestó con una cómica reverencia.

—Pues entonces, aquí están los honorarios y desde mañana comenzaremos la lección.

—Perfectamente.

—Vaya un compromiso, Pedro.

—No lo veo, Pablo.

—El de tener que buscar un profesor de ruso para mañana mismo.

—¿Quién piensa en buscar tal cosa? Yo mismo le daré las lecciones.

—¿Tú? ¡Pero si tú no sabes el ruso!...

—¡Ni él tampoco!...

C. OSSORIO Y GALLARDO